

UNA COLCHA DE RECUERDOS



ANA MARÍA

"YO LLEGUÉ AL MUNDO ENVUELTA EN UNA COBIJA"

Ilustración: Andrés Grimaldos

COBIJAS

Al otro lado de la calle, se escuchaba lo que parecía un gatico maullando. “Mi mamá se acercó y al verme dijo: -¡ay tan lindo el gatico!-, pero mentiras eso era un ser humano, era yo embuelta entre cobijas” y respiró profundamente.

Ana María cuenta que siempre tuvo un hogar lleno de amor, le daban la mejor ropa, los mejores cuadernos, cree que hasta la querían más. Todo fue color de rosa hasta que una de sus hermanas le dijo en la cara que era una recogida, que le tenían lastima. Al buscar explicaciones encontró que sus papás discutían en la habitación, escuchó a su padre diciendo que todos los problemas de la casa eran por esa niña que ni siquiera era su hija.

Esa ruptura emocional fue el escenario y la excusa perfecta para probar las drogas en su colegio, primero fue licor y marihuana, luego cocaína y bazuco, y así entre pipazos y trabas, se le fueron yendo los problemas de la cabeza, pero también casi sin darse cuenta, se le iba la vida.

Lastimada, triste y ofendida por todo lo que estaba viviendo, a los pocos días, sin pensarlo dos veces se fue de su casa. Sin saberlo iba a llegar al cartucho y por ingenuidad terminaría fuera de la ciudad.

HUIDA

Amarrando cobijas, atando nudos y tratando de hacer una improvisada soga para escapar, estaba Ana María esa noche. Eran tres pisos que la separaban de la libertad, con ella llevaba seis niñas más. Cometer un error arruinaría el plan que por meses ella había maquinado, además le podía costar la vida a cualquiera de ellas, bien podrían ser encontradas por sus captores o accidentarse al caer sobre el cemento.

Hasta Maní, Casanare, llegó engañada Ana María, con la promesa de un trabajo estable y bien remunerado, pero se encontró con el tráfico de personas. Ana María dice que el ejercicio de la prostitución requería de una preparación, cuenta que “todas las noches llegaba uno de esos asquerosos a tocarnos, para que el roce se volviera costumbre y supiéramos que ellos mandaban”.

A los catorce años, durante los ocho meses que estuvo allá tuvo que vivir muchos abusos, eso le generó una aberración contra los hombres. Ahora tiene novio pero más por compañía y cariño, ya que le cuesta entablar una relación y el deseo sexual lo perdió.

Esa noche logró salvar a sus compañeras de encierro, una de ellas, la más bonita, la más voluptuosa y la menos tímida tuvo que entretener al vigilante del lugar, mientras una a una iban bajando para huir durante la madrugada del día que la vida les dio una nueva oportunidad. Aunque jamás se volvieron a ver, durante nuestro diálogo Ana María expresa un profundo cariño por cada una de ellas.

Volvió a Bogotá y fue el cartucho el que de nuevo la recibió. Meses más tarde se vió en una clínica luego de recibir una bala perdida del arma que disparó un jíbaro quién resultó ser su pareja, de nuevo pareció que la vida se le iba.

COSTAL

Al interior de esa habitación blanca, llena de equipos médicos, rompió de forma permanente la relación con su mamá. ‘Ella llegó allá y me dijo, oiga Ana María usted no cambia, si ve lo que le pasa. Y a mí eso sí me dió mal genio y le dije -Ah si no va a ayudar mejor larguese’, esa vez fue así, la mujer que la salvó de la calle a los pocos días de nacer se estaba yendo para no volver. Luego de salir, sin nadie a quien acudir decidió aventurarse con destino a Villavicencio.

Ana María explica enérgicamente: “solo una vez fui habitante de calle”, para ella eso de ser un ‘Indigente’, a diferencia de lo que se especifica en la Ley, era tener un costal al hombro y arroparse con una cobija y eso solo lo vivió una vez mientras estuvo en Villavicencio. Ella identificaba sus presas con anterioridad y a continuación se lanzaba por las cadenas, joyas y dijes, que las mujeres llevaban. “A mí me gustaba dar el raponazo en las orejas, yo iba por las candongas” recuerda.

Ana María cargaba su costal, esa gran bolsa tejida en cabuya en la que ella mete todo lo que puede reciclar. Ese costal y esa cobija vieja eran su escudo protector y el velo que ocultaba ese complejo y distorsionado mundo que le entraba por los ojos. Asustaba a quienes la miraban con miedo o con asco, vehementemente dice que lo hacía porque ella estaba muy fea y no quería que la miraran, “¿si me veía tan mal entonces para que se quedaban mirándome?” me pregunta. Sin respuesta alguna ante tan enérgica pregunta solo muevo mi cabeza y mis hombros en un evidente: no sé.

Un día por la falta de dinero, se encontró con su costal entre las aguas negras de la ciudad, el fétido olor que emanaba y el humo de quienes soplaban bazuco de

día y de noche. Así se completaba la escena, Ana María estaba viviendo bajo el puente del Guaitiquía, en el Meta.

Cuenta que un día un hombre la sacó de la calle, le enseñó a robar, y ella se enamoró de él. Esta vez el dinero resultado del robo lo usaba para mantener su hogar pero también para comprar una que otra dosis. Este hombre, que era un jíbaro, quién además le dió varios de sus hijos, fue también quién casi la mata. Al final terminó en la 'ele' en Bogotá, sin sus hijos más pequeños porque el Bienestar Familiar se los quitó, ya que estaban viviendo en muy malas condiciones.

De nuevo se encontró dentro de una olla solo por salvar su vida, fumando bazuco para evaporar los problemas. Y así como se quedó consumiéndolo se quedó viviendo y un vez más perdió a sus hijos, los últimos que la acompañaban.

RENACER

Habitó el ferrocarril, la 'ele', las calles, pero un día sin recordar muy bien cómo, llegó en un estado de salud mental complejo al hospital Santa Clara, ahí le pidió a una enfermera que le regalara una muñeca, y así fue, empezó a vestirla, a preguntarle cómo se sentía y suplir con ella la falta que le hacían sus hijos. La forma en que llegó a rehabilitación tampoco es muy clara, pero sabe que recordarlo no es lo más importante. Lo que si le resulta fundamental es abandonar el vicio, y aprender algún oficio que le permita encontrar un trabajo y no tener que volver a la calle.



Un día, recibí la llamada de su celular, me decía que se iba del CAT (Centro de Atención Transitoria) en donde estaba, no me explicó mucho. Otros ex habitantes que compartían el proceso con ella solo me pidieron que al volver a hablar con ella le insistiera en que volviera, pero hay que caer para volver a levantarse, y esta vez su voluntad no fue tan fuerte, el vicio le ganó y terminó por volver a probar el bazuco. Pero como en todo juego largo hay desquite, Ana María volvió y ahora deberá mostrar su fortaleza, una vez más, con dignidad y la frente en alto, para así cumplir sus sueños.

Hoy, no sabe nada de sus hijos, Bienestar Familiar realizó el proceso de restablecimiento de derechos a todos los niños, Ana María desconoce si fueron dados en adopción, sí están estudiando o si los más grandes ya tendrán su propia familia, ella espera que la desintoxicación sea positiva y así los pueda encontrar.

Ya cayó la tarde, Ana María casi siempre me dice "princesa", cuando de eso no tengo nada, aquí ella es la verdadera heroína de esta historia. Peleó con muchas figuras pero lo más difícil ha sido vencerse. Miro el celular, y veo que hace tres días no se conecta. Sentada, espero que sea temporal y no una nueva recaída.

Ángela Bocanegra, 2019.